

5

JUAN GAVILÁN MACÍAS
ARTÍCULOS Y ENSAYOS

***El pensamiento
y la sensibilidad***

El pensamiento y la sensibilidad
se publicó en
Revista Bulevar
Número especial *Pensar en España*, 1989

EL PENSAMIENTO Y LA SENSIBILIDAD

Juan Gavilán Macías

*A quien como yo, así, viviendo no sabe tener vida,
¿qué le queda sino como a mis pocos pares,
la renuncia por modo y la contemplación por destino?*

Fernando Pessoa

1

En una conferencia pronunciada en Bilbao el 12 de marzo de 1910 titulada *La pedagogía social como problema político* dice Ortega: «El filósofo alemán puede desentenderse, no digo yo que deba, de los destinos de Germania (...) Entre nosotros el caso es muy diverso: el español que pretenda huir de las preocupaciones nacionales será hecho prisionero de ellas diez veces al día y acabará por comprender que para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar es España el problema primero, plenario y perentorio» (1985: vol. I, 506-507). Cuando Ortega pronunció estas palabras, posiblemente fueran ciertas, no lo ponemos en duda. Quizás, para un hombre nacido entonces en nuestras tierras, España debería ser el problema más importante y el más clamoroso. Esa había de ser más que nuestra ocupación, nuestra preocupación; algo más que una obligación, nuestro destino. En cambio, en nuestros días, parece que ya no nos encontramos en

la misma situación. Hay otros que, por suerte, han tomado sobre sus espaldas esa pesada carga. Ahora, como los alemanes, yo no digo que debamos, pero, desde luego, podemos desentendernos de ese destino al que estábamos, según parece, abocados. Por lo menos yo, al recibir el encargo de pensar sobre este tema por parte de la revista *Bulevar, pensar en España*, automáticamente he desechado uno de sus posibles sentidos, ese que nos obligaba a tomar a España como objeto del pensamiento. Más bien, he intentado desenredar la trama que se teje en torno al pensamiento: en España y desde España, pensar, entonces, pero no pensar necesariamente en España, ni sobre el pensamiento que se esté produciendo en España, sino pensar en el pensamiento.

En realidad, cualquier escritor, al escribir, solo tiene un compromiso que sea verdaderamente central, que es su propia obra. Todos los demás compromisos serán adyacentes o relativos. Tal vez sea una irresponsabilidad decir esto, no lo sé, pero, desde luego, lo que me propongo en este breve ensayo es pensar sobre el pensar. Y, por supuesto, lo hago como uno de los personajes de Fernando Pessoa, que se pasaba las noches enteras escribiendo porque no tenía nada que hacer, solo para distraerse. Como expresaba con acierto el poeta portugués, «la producimos, es cierto, para distraernos, pero no como el preso que teje la paja para distraerse del Destino, sino como la joven que borda almohadones para distraerse, sin nada más». (1985: 30).

2

Borges ironiza algunas veces con ejemplos disparatados de clasificaciones excéntricas y de organizaciones categoriales extravagantes, ironía que vamos a utilizar nosotros ahora contra esa posibilidad, tan patente en el pensamiento filosófico, de encontrar un metasistema racional donde todas las categorías habrían de estar ordenadas en función de algún principio privilegiado.

Concretamente, en *El idioma analítico* de John Wilkins, nos dice que este «dividió el universo en cuarenta categorías o géneros, subdivisibles luego en diferencias, subdivisibles a su vez en especies; y que luego le asignó a cada género un monosílabo de dos letras, a cada diferencia una consonante y a cada especie una vocal» (1976: 103-104). E incluso podemos recordar aquel otro texto —utilizado por Michel Foucault— en el que reproducía una clasificación de una enciclopedia china en la que «los animales se dividían en a) pertenecientes al emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) etcétera, k) dibujados con pincel finísimo de pelo de camello, l) que acaban de romper un jarrón, m) que de lejos parecen moscas» (1975: 104-105). Basta con leer estos pasajes para persuadirnos de que, a pesar de los esfuerzos memorables de Aristóteles, Santo Tomás y Kant, nadie puede conseguir un sistema categorial definitivo. Y basta con leer también estos pasajes para persuadirnos de que la propia esencia del pensamiento apunta, más bien, a la imposibilidad real de que la razón llegue a justificarse plenamente a lo largo de su propia actividad. Así, seguramente, tendremos que contar ya, a partir de ahora, con la imposibilidad de que algún metasisistema racional pueda garantizar el orden y el rigor del pensamiento.

Sin embargo, contra esta evidencia y contra la evidencia de que en el fondo de todo sistema se generan espontáneamente la arbitrariedad y el desorden, el saber racional encontró lo que quería. La razón se convirtió en el juez ecuánime y justo que no pasaría nunca por los sobornos de la sensibilidad perversa y voluble. Así se urdió la fábula del racionalismo más radical; así fue como el tiempo necesario se convirtió en el fundamento sobre el que se asentaron los principios del saber universal. Claro que, al final, la razón se ha ocupado tanto

de justificarse a sí misma y de encontrarle certezas a sus productos que automáticamente produce una desconfianza alarmante en todos nosotros. Desde la arbitrariedad y el desorden en el que se cuece el pensar, se originó una fábula que resultó arbitraria, pero se infló tanto, se hizo tan grande y tan poderosa que se terminaron asentando en ella lo universal y lo particular, lo verdadero y lo falso, lo necesario y lo azaroso. Lo que era el pensamiento aislado e individual se convertía en la razón universal; la soledad, en soledad compartida; los sufrimientos, las angustias y los gozos del individuo en el entusiasmo y la alegría universales, en momentos inevitables de la inquietud del pensamiento intelectual.

La razón que solo respondía a una idea y a una perspectiva, base de uno de los discursos posibles, se consolidó como la realidad radical, la única realidad verdadera. Desde las luces del conocimiento se fue configurando la estructura de una realidad que, de por sí, era muda y opaca. La fuerza del concepto dominaba los azares y las arbitrariedades de la sensibilidad. Sin embargo, cuando se descubrieron los límites del individuo, se institucionalizaron los límites de la razón. A partir de entonces, aunque se pretendiera justificar de mil formas la necesidad de la totalidad, el absoluto cayó deshecho: el desorden, la arbitrariedad y el azar se revelaron como el fondo del universo y el pensamiento.

3

La noche puede ser redimida. La noche oscura en que el sujeto, roído por la angustia, espera la luz del día, la noche de la pasión y la desesperanza constituye lo más íntimo de nuestro ser, aunque hayamos intentado anularla de todas las formas posibles. Desde el principio, el pensamiento filosófico aparece apartando los velos densos de la niebla, la luz nos desvela los secretos del universo y manifiesta

los principios del ser. Ahora bien, a pesar de todas las aventuras del racionalismo, no hemos podido fundamentar ese ser sustancial del sujeto. En ningún caso hemos podido contar con el manto protector del yo trascendental.

Al pensar sobre el pensar, se nos viene a la mente la misma sensación de incertidumbre, ausencia y vacío que sentía Proust cuando el alma tenía que volverse hacia sí misma, y coincidían el alma que buscaba en el país oscuro por donde ella misma debía buscar. Y cuando, forzando la máquina, hemos pretendido fundamentar el edificio del conocimiento y ese yo modesto recién aparecido, reconocimos que el sujeto no podía desenraizarse del zumbido, apenas perceptible, pero insistente del vivir; aceptamos que, como decía Heráclito, no podemos alcanzar nunca los límites del alma, sea cual sea el camino que emprendamos. Al mirar hacia nosotros mismos, descubrimos, como Borges, que somos muchos y somos nadie; que bajo nuestros pies se asientan la amenaza y la promesa de un abismo.

La acción del pensamiento no se produce, entonces, a través de operaciones perfectamente medidas. Al pensar no sabemos ni de dónde partimos ni hacia dónde nos encaminamos. Bergson lo había dicho con una gran claridad: «En este punto hay algo simple, infinitamente simple, que el filósofo jamás ha logrado decir. Y es por esto por lo que ha hablado toda su vida» (1976: 102). Así pues, el pensamiento gira continuamente en torno a un núcleo impensado, y posiblemente impensable; aunque sienta la necesidad de manifestarse en forma de *logos*, no siempre se siente impulsado por la palabra, sino que está movido por la ignorancia y por el silencio. El resorte que nos impulsa queda siempre en la oscuridad y al resguardo. No hay, entonces, unos mecanismos del pensamiento. El pensar es solo una huida, a veces vertiginosa y a veces serena, desde el silencio, desde la angustia y desde el entusiasmo, una huida que se mantiene con la esperanza de

que podrá retener entre sus dedos retazos de conocimiento y con la seguridad de que su luz será siempre insuficiente.

4

La unidad del pensamiento es una pura ficción, es el simple reflejo que le ha llegado desde la unidad del saber, de lo que hay de pensado en los sistemas hechos y cerrados. La unidad del texto solo es ficticia. La habilidad del escritor consiste en tejerla a base de ocurrencias mínimas, que se van enlazando con un cuidado especial para dar la sensación de un todo indivisible. Pero, a pesar del cuidado del autor, el texto deja ver por todas partes el blanco, los vacíos, los márgenes, los intersticios, la ausencia por donde adivinamos que está hecho a base de girones y que es fragmentario. De la misma manera, el pensamiento no tiene la unidad que aparenta, no es el bloque que parece, sino que está hecho, o mejor aún, se hace a base de fogonazos. El discurso, en el que emana el pensar, es la articulación de todas las microocurrencias que el individuo había recopilado, la recomposición, más o menos afortunada y ágil, de los pequeños fragmentos que habíamos ido recogiendo.

El pensar no es un *factum*, sino un *faciendum*, como decía Ortega, no es lo que se ha pensado, sino lo que se ha de pensar. El conocimiento le pone trabas al pensar y lo dificulta; el saber le pone límites al pensamiento. Hay un pasaje brillante de *En busca del tiempo perdido* en el que Proust cuenta cómo se sentía entusiasmado por los libros de Bergotte y que además sentía un gusto muy especial justo cuando descubría parajes que Bergotte hubiera descrito en sus libros. Por la misma razón detestaba ir a los Campos Elíseos, porque no había leído nunca una descripción en aquellas novelas y, por lo tanto, se quedaba indefenso ante una realidad muda y opaca. El papel de lo leído cumplía la función del saber que le daba vida a la realidad.

El esquema de este texto responde, si atendemos a las reflexiones de René Girard, a la estructura misma del deseo, que es puramente repetitivo. Lo fácil, podríamos decir reinterpretando a Girard, es repetir miméticamente las sensaciones descritas en la literatura: nuestros cerebros se amoldan perfectamente a una línea en la que la dificultad es mínima. Las palabras del novelista no le dejan lugar a las dudas: «Les daba aliento y calor de vida, les prestaba personalidad y yo deseaba ya verlas en la realidad; pero en aquel jardín público mis sueños no tenían dónde acogerse» (1969: vol. 1, 464).

En este sentido es en el que decimos que el saber dificulta y limita el pensar, en la medida en que nos impide innovar, en el que nos obliga a duplicar las ideas, los temas e incluso las sensaciones que hay que sacar de la realidad. Y, por supuesto, no se trata de repetir, ni siquiera de descubrir, como decía Bergson, porque lo que se descubre ya existía anteriormente, sino que, de una manera más radical aún, se trata de inventar, de producir ideas, sensaciones y temas nuevos, de admitir que el pensador no tiene dónde acogerse, pero que se mantiene ante el vacío, la nada, la angustia y la ignorancia con la esperanza de que en algún momento fluirán las palabras a sus labios, que habrá arañado en el silencio y habrá logrado decir algo que, en principio, era inefable.

En ningún momento, hemos tratado de repetir una concepción ingenuamente romántica de la creación. En el pensamiento quedan, algunas veces latentes y otras patentes, los ecos de otras voces y otros pensamientos. En realidad, no hay creación desde la nada. Todo pensamiento es pensamiento del pensamiento, como decía Foucault. Lo que hemos intentado resaltar ha sido lo que hay de invención en el pensar. Además, esa necesidad de diferenciación, contrapuesta al deseo mimético, se alcanza rompiendo con los mecanismos estrictamente racionales, es decir, con un pensamiento que, hasta cierto punto, es

involuntario, pero que hunde sus raíces en lo más profundo de lo pasional.

Hay veces, no siempre tal vez, en que el oficio y la profesionalización son un lastre contra la capacidad que tienen nuestras mentes para la innovación en el campo de las ideas. Y es porque tendemos a repetir lo que sabemos, porque recurrimos a las mecanizaciones más intelectualizadas de nuestro pensamiento. En realidad, no es un sujeto universal, ni es un yo trascendental el que piensa. Es nuestra sensibilidad la que responde ante un sinfín de estímulos y emociones. Somos nosotros mismos, que vivimos y que sentimos, los que pensamos. El pensamiento no responde solo a las mecanizaciones del intelecto, sino que, aun antes, es de naturaleza emocional. Si criticamos no es porque pensamos, decía Pessoa, sino porque sentimos. El pensamiento es emocional: la sensibilidad es la que nos deja abiertos al futuro, la que nos permite amar el desconocimiento del futuro. Tal como escribe Ricoeur, «es el eros, el amor, el que viene a descubrirnos este punto de mira (...) El sentimiento es el único que puede asegurarme, gracias a su polo de infinitud, que yo puedo continuar mi existencia en la abertura del pensar y del obrar» (1969: 215).

5

No hay un orden privilegiado desde el que podamos acertar a comprender cuál es el conocimiento adecuado. No hay nada que nos permita conocer, de una forma rigurosa y definitiva, la estructura de lo real y la organización del conocimiento. La arbitrariedad y el desorden afectan tanto al ser como al conocer. No disponemos de un código ni de una clave para desentrañar el sentido del universo ni para comprender el sentido del pensar. Los códigos y las claves son múltiples. Aunque parezca extraño, no disponemos del pensamiento,

estamos inmersos en una amalgama de códigos y claves, pero también de sueños y deseos, recuerdos y olvidos.

El desorden y el silencio imperan. La realidad es opaca. En cierta medida, no somos nosotros los que pensamos, sino que los pensamientos nos piensan. Andamos como perdidos y expuestos a los arrebatos de la sensibilidad. Donde no llega la fuerza de la inteligencia, llegan nuestros sentimientos. En este sentido, es por donde se mueven el análisis y la interpretación de Proust: «Pero la inteligencia, por lúcida que sea, no puede percibir los elementos que la componen y permanecen ignorados, en un estado volátil, hasta que un fenómeno capaz de aislarlos les imprime un principio de solidificación (...) Pero este conocimiento que las más finas percepciones de la inteligencia no habían sabido darme, me lo acaba de traer, duro, deslumbrante, extraño, como una sal cristalina, la brusca lección del dolor» (1969: vol. 6, 10-11). Pero si, por una parte, el secreto estriba en dejarnos llevar del fluir involuntario de nuestra imaginación, por otra, consiste en no abandonarnos totalmente a sus arbitrariedades; en limar sus asperezas, en depurar sus productos con el cuidado y el esmero del orfebre; en controlar la espontaneidad, pero, al mismo tiempo, consiguiendo el efecto de que lo que se escribe es espontáneo y no ha necesitado ningún tipo de mediación entre el periodo de raptó y su lectura posterior.

Borges decía que, al escribir, sentía como si eso que escribe ya preexistiera, que no existía invención, sino descubrimiento. El arte poético no era más que el del recuerdo. Posiblemente sea la *gravitación de las frases*, la expresión es de Kafka, lo que ha producido una ilusión tan poderosa a la que no pudieron resistir ni Platón ni Borges. Pero ese peso que tienen las frases no tiene por qué suponer que sean preexistentes. No existe un limbo del lenguaje al que podamos recurrir y del que podamos recordar. El lenguaje funciona como

capacidad y como potencia, antes que como lenguaje hecho; es, más bien, un lenguaje abierto que un lenguaje cerrado, según Merleau-Ponty. El pensamiento es el resultado de cientos de inspiraciones, difícilmente computables, que no tienen un solo sentido y que no siguen una dirección única; aunque sea contra la evidencia de la filosofía analítica y de la hermenéutica, el pensamiento también es silencio, se gesta desde el silencio y la ignorancia, lejos del amparo de la razón discursiva. El pensar es presente, pero también es futuro; es recuerdo, pero también es olvido.

BIBLIOGRAFÍA

BERGSON, H., *El pensamiento y lo moviente*, Espasa, Madrid 1976.

BORGES, J. L., *Otras inquisiciones*. Alianza, Madrid, 1976.

ORTEGA Y GASSET, J., *Obras completas*. Alianza, Madrid, 1985.

PESSOA, F., *El libro del desasosiego*, Seix-Barral, Barcelona, 1985.

PROUST, M., *En busca del tiempo perdido*, Alianza, Madrid, 1969.

RICOEUR, P., *Finitud y culpabilidad*, Taurus, Madrid, 1969.